



El Catequista

REVISTA SEMANAL

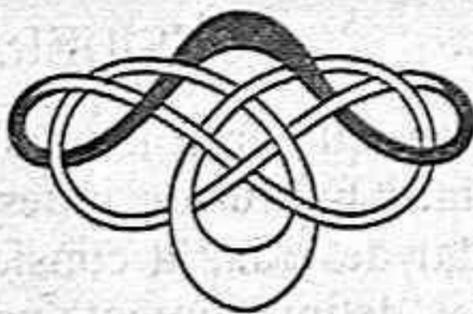
Se publica los jueves.



“Evangelizare pauperibus misit me,,

“Me envió el Señor á evangelizar á los
pobres,,

Luc., c. 4, v. 18.



Cultos.

Día 22, viernes. En la iglesia de San Esteban, á las ocho de la mañana, Misa de Comunión, y por la tarde los ejercicios de las Señoras de los Talleres de Santa Rita, con exposición de S. D. M., rosario, plática, meditación, mote y reserva.

Día 23, sábado. En San Felipe, donde continúa la Adoración y Vela al Santísimo Sacramento, de tres á cinco, ejercicio sabatino con sermón. En Santa Cruz, á las diez de la noche, Adoración Nocturna (Turno del Sagrado Corazón de Jesús).

Día 24, Domingo. En Santa Cruz, á las cinco y media de la mañana, Misa de Comunión. En la S. I. Catedral Basílica, á las nueve, los divinos Oficios, predicando en la Misa el Ilre. Sr. Doctoral. En la iglesia de Religiosas Siervas de San José continúan los cultos de los siete domingos de San José, á las cuatro y media de la tarde. En la ermita de Ntra. Señora de las Angustias, donde se reza todos los días del año la Corona, ejercicio de cuarto Domingo de mes.

Santo Evangelio.—San Mateo, cap. 17.

Tomó Jesús consigo á Pedro, y á Santiago, y á Juan su hermano, y los lleva aparte á un monte alto: y se transfiguró delante de ellos. Y resplandeció su rostro como el sol: y sus vestiduras se pararon blancas como la nieve. Y he aquí les aparecieron Moisés y Elías hablando con él. Y tomando Pedro la palabra, dijo á Jesús: Señor, bueno es que nos estemos aquí: si quieres, hagamos aquí tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías. El estaba aun hablando, cuando vino una nube luminosa que los cubrió. Y he aquí una voz de la nube diciendo: Este es mi Hijo el amado, en quien yo mucho me he complacido: á él escuchad. Y cuando lo oyeron los discípulos, cayeron sobre sus rostros y tuvieron grande miedo. Mas Jesús se acercó, y los tocó, y les dijo: Levantaos y no temais. Y alzando ellos sus ojos á nadie vieron; sino sólo á Jesús. Y al bajar ellos del monte, les mandó Jesús diciendo: No digais á nadie la visión hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos.

CONSIDERACIÓN

El Salvador, de doce que eran los apóstoles, sólo á tres admitió á la contemplación de su gloria. ¡Qué terror, pues, no deberá inspirarnos, y en consecuencia hacernos mudar de vida, la consideración de que pudiéramos no ser nosotros de los elegidos definitivamente para el cielo! Para procurarlo por nuestra parte, imitemos al Salvador y á sus escogidos en subir á ese elevado monte, donde pueden lograrse el superior conocimiento de las cosas divinas y el gusto de la interior consolación, sobreponiéndonos al fausto del mundo y á la alteza aparente de sus vanos honores y prestigios.

EL CATEQUISTA

Dirección y Administración:

Muy Ilre. Sr. Arcipreste

de la S. I. C. B.

PALACIO EPISCOPAL



Precios de suscripción:

	Pesetas.
Trimestre.	1,50
Semestre.	3
Año.. . . .	5

AÑO II.

Cuenca, 12 de Enero de 1907.

Núms. 1 y 2.

A nuestros lectores

Año nuevo, vida nueva, dice con cierta gracia el refrán. Queremos en este momento acomodarnos á lo que dice ese aforismo, y por tanto, entrando, como entra, nuestra Revista en un segundo y nuevo año de existencia, trataremos de infundarla nueva y más pujante vida, para que sea mejor vista y tenga mejor hospedaje de parte de nuestros suscritores, y pueda, á la vez, extender su vitalidad á la adquisición de otros suscriptores nuevos.

Nuestro deseo es hacer el bien y difundir doctrinas salvadoras en todos los órdenes de las necesidades y aspiraciones humanas; y no nos guía en esa nobilísima empresa otro móvil que la gloria de Dios y la perfección de nuestros semejantes.

Intentamos cumplir ese cometido *instruyendo, agradando y persuadiendo*, como ha dicho el Aguila de Hipona. ¿Habremos empleado bien estos medios y cumplido sus fines? Vientos han llegado hasta nosotros que traen rumores de efectos y pareceres muy opuestos.

Hay unos á quienes agrada mucho el fondo y forma de nuestra modesta publicación; hay otros para quienes fondo y forma son demasiado pesados, y con su peso se cae de las manos; y hay, por fin, otros que no nos han dispensado el honor ni tomá-

dose la molestia de leernos, y les bastó sólo el nombre de la Revista para juzgarnos poco favorablemente.

A los primeros les daremos gusto, continuando con nuestro fondo catequístico; á los segundos dando desde hoy más variedad y más amenidad á nuestros escritos, y á los terceros... á los terceros les diremos y hasta les rogaremos que nos lean, siquiera una vez; que nos lean con detenimiento, y que no lean sólo el cuento y la novela, sinó las secciones que por su naturaleza tienen que estar escritas en estilo serio, ó bien en estilo didáctico; pues en todas ellas hallarán sanas instrucciones y quizá algo nuevo que aprender.

No quisiéramos faltar á la modestia ni menos alabarnos á nosotros mismos; pero sí tenemos derecho á que no se nos juzgue sin conocernos, y á que no se crea que los que se echan sobre sus hombros el pesadísimo cargo de redactores, y se comprometen á *coser de balde y acaso á poner el hilo*, hayan de ser tan ignorantes que no sepan salir por lo menos regularmente de su compromiso.

Nos hemos acomodado al plan que nos propusimos: ese plan obedecía á altas indicaciones y está basado en las enseñanzas del actual Pontífice; de modo que no puede dudarse que la base, el impulso y el fin eran buenos y autorizados.

Nuestros suscriptores podrían tener después de algunos años una extensa, quizá no mala, explicación de la doctrina, según se contiene en el Catecismo del P. Ripalda, que es el más usado en esta Diócesis; tendrían también un tratado de virtudes y otro de Liturgia y del simbolismo de las ceremonias de la Iglesia; y además una colección de Homilias.

¡Se traducen del extranjero tantos Catecismos y tantos otros libros que no tienen más mérito que el no ser españoles!

Teniendo, sin embargo, en cuenta todos los dichos rumores, que hasta nosotros han llegado, ampliaremos en el presente año el campo de nuestra Revista, para aligerar un poco su peso y darla, á la par, más variedad.

No presumimos de poder agradar á todos. ¡Hay tantas clases de gustos! Pero sí quisiéramos poner los medios para agradar al mayor número posible de nuestros buenos suscriptores. Mas nunca haremos lo que dicen que hacía aquel monstruo de las letras, llamado Lope de Vega: Puesto que el público pagaba *escribir en tonto para darle gusto*. Pues esto no tiene aplicación á nuestros sensatos lectores, ni tampoco nuestra pluma se prestaría á ello: antes la romperíamos.

Por eso no se ocupará nuestra Revista de pequeñeces, de cursilerías, ni menos de cosa alguna que pueda herir personalidades. Ella respirará siempre los aires puros de la sana doctrina y de los hechos comprobados; pero hechos de interés general, cuyo conocimiento puede ser útil á nuestros lectores.

Sobre la base, pues, del programa primitivo, extenderemos el nuevo programa á los puntos siguientes:

Se insertarán artículos de Apologética, de Polémica, de Sociología, de Economía política y Doméstica, de Agricultura, de Higiene pública y Privada, y hasta de Política: pero de la Política de Cristo, no política de partidos; y en ella hablaremos de lo que creamos conveniente á la causa católica.

Se admitirán descripciones de paisajes, de monumentos y de otras curiosidades, tanto naturales como artísticas, de nuestra Diócesis, y aun de España entera.

Y, por último, se abrirá una *Sección* para consultas sobre todas las materias arriba enunciadas y otras análogas; y otra *Sección* de sucesos interesantes de España y del extranjero.

En una palabra: nuestra Revista, conservando su naturaleza doctrinal católica, será, á la par, una publicación de intereses morales y materiales de nuestra patria chica; y cuyas enseñanzas tendrán igualmente aplicación á la patria grande; es decir, á toda España.

Alguien, quizá, nos tildará de arrogantes y pretenciosos; pero dirémosle que todo tiene su término medio. Y que nuestro anhelo por el progreso y bienestar de nuestros semejantes, es inmenso: los medios para satisfacerlo ya participarán de la imperfección de todo lo humano, y especialmente de nuestra propia pequeñez.

Contamos, no obstante, con buen número de redactores llenos de animación; contamos con colaboradores instruidos en especiales materias, y pediremos la colaboración de otros, y á ellos acudiremos en los casos en que tengamos necesidad de su ilustración.

Nuestros suscriptores, por fin, tienen abiertas las columnas de la Revista, no sólo para hacer consultas, mas también para publicar sus trabajos, siempre que estén dentro de nuestro programa y vengan autorizados con su firma.

Tal es nuestro plan, y tales las intenciones nuestras.

Terminamos, pues, felicitando á nuestros pacientes lectores y rogándoles que formen también su plan y su cédula de intenciones para el nuevo año en que estamos. El plan, que sea trabajar porque la Revista sea leída por sus amigos y por aquellas personas á quienes pueda ser útil; y la cédula de intenciones, leerla con espíritu de condescendencia, considerarla como cosa propia, dar á los redactores consejo para evitar los defectos en que puedan incurrir, y rogar porque caiga sobre ellos el rocío del cielo, que es el único premio á que aspiran y con el cual de antemano se conforman.

La Redacción.

Catequística.

Santo Tomás, fundándose en las clases de conocimientos que en el entendimiento puede haber, afirma y prueba que todas están en Dios de un modo perfectísimo. Así dice que: El hombre tiene diversos conocimientos, según la diversidad de cosas conocidas. Pues en cuanto conoce los primeros principios se dice que tiene inteligencia; se dice que tiene sabiduría en cuanto conoce la causa altísima (Dios), y consejo ó prudencia en cuanto conoce lo que se ha de hacer. Pero Dios conoce todo esto con un solo y simplísimo conocimiento.....

Por lo cual, el conocimiento de Dios puede llamarse con todos esos nombres, pero de tal manera que de cada uno de ellos, cuando se aplica á Dios, se excluya toda imperfección y se retenga todo lo que significa perfección (infinita). Que es lo que dice Job con estas palabras: (12, 13): *En Dios está la sabiduría y la fortaleza, y El tiene inteligencia y consejo»* (1).

Además, la ciencia de Dios será infinita si se conoce perfectamente á Sí mismo y conoce á las demás cosas existentes y posibles que son diferentes de El; pues no se ve que puede haber otras cosas que puedan ser conocidas. Y que Dios se conoce á Sí mismo y conoce á todas las otras cosas, tanto las existentes como las posibles, es una verdad innegable. Por lo cual Dios no puede menos de ser infinitamente sabio.

Que Dios se conoce á Sí mismo, y que se conoce por modo perfectísimo, lo declara el Apóstol San Pablo por estas palabras: *Las cosas de Dios sólo las conoce el espíritu de Dios* (2), y nos da además una razón de semejanza á fin de que nosotros conociéramos un reflejo de la manera con que Dios se conoce á Sí mismo; cuya semejanza es esta: Así como las cosas que son del hombre (lo que pasa en su conciencia) nadie las conoce sinó el espíritu del mismo hombre, así las cosas que son de Dios, aun las más profundas, solamente las conoce el espíritu de Dios (3). Pero este espíritu de Dios sí las conoce, y mucho mejor que conoce el hombre lo que pasa en su conciencia.

(1) *Suma Teológ.*, parte 1.^a, cuest. 14, cap. 1.^o, 2^m.

(2) 1.^a á los de Corintio, cap. 2.^o, ver. 11.

(3) 1.^a Carta á los Corintios, cap. y ver. citados.

Y, dado caso que son tres las Personas que hay en Dios, cada una debe conocer perfectamente á las otras, y todas á cada una. Por eso nos dijo Jesucristo que: Al Padre nadie lo conoce sinó el Hijo, y nadie conoce al Hijo sinó el Padre (1); y San Pablo completa la prueba, añadiendo: Que el Espíritu Santo todo lo comprende, aun lo más profundo de Dios (2).

Y Santo Tomás nos da la razón de por qué Dios se conoce adecuadamente á Sí mismo, y discurre en esta forma: Es tanta la virtud de Dios para conocer, cuanta es su actualidad en existir....; por lo cual es cosa manifiesta que Dios se conoce á Sí mismo bajo todos los aspectos con que es cognoscible (3).

Como el entendimiento de Dios, con que se conoce á Sí mismo es idéntico á su misma esencia, y la esencia y la existencia también son una misma cosa, es verdad clara que el entendimiento ha de tener tanta virtud en conocer, cuanta tiene la esencia en existir; y por tanto que Dios se ha de conocer adecuadamente á Sí mismo, de tal manera que se conozca todo cuanto en Sí es, y todas las propiedades, atributos y virtudes de que está adornado.

Si se nos permite valernos de alguna semejanza para aclarar esta idea, diremos que Dios es á modo de un ser que es todo ojos, cuyos ojos tienen la virtud de verse á sí mismos y á todo lo que les rodea. Es claro que este ser se habría de ver á Sí mismo tanto cuanto es, y que nada en El se escaparía á su universal mirada. Pues Dios es también todo ojos espirituales, ó, mejor, un sólo ojo inmenso, como su divina esencia, y cuyo ojo tiene el poder de contemplarse á Sí mismo por manera perfecta é infinita.

Jesucristo fué Maestro verdadero.

Dios, además de conocerse á Sí mismo, conoce todas las cosas existentes y las posibles. La cual verdad recibe de parte del Angélico Doctor la siguiente demostración.

«Ya que Dios se conoce perfectamente á Sí mismo, tiene que conocer también de un modo perfecto todo su poder. Pero no puede decirse que se conoce el poder completo de una facultad si no se conocen todas las cosas á las cuales esa facultad se

(1) Mat., cap. 11, ver. 27.

(2) 1.^a Carta á los Corintios, cap. 2.^o, ver. 10.

(3) *Sum. Teológ.*, Part. 1.^a, Cuest. 14, 3, c.

extiende. Por lo cual, extendiéndose el poder de Dios á todas las cosas (existentes y posibles), es necesario que Dios conozca todas las cosas diferentes de El.

Lo cual se conoce todavía con mayor claridad, si se añade que el ser de la primera causa eficiente, esto es, de Dios, es idéntico á su entender. Porque de aquí se sigue que todos los efectos que preexisten en Dios, como en su primera causa, es necesario que estén en su propio entendimiento; y que en Dios todas las cosas estén de un modo inteligible» (1).

Esto es lo que nos dice también San Pablo en estos expresivos términos: Viva es y eficaz la palabra de Dios... El discierne los pensamientos é intenciones del corazón. No hay criatura alguna invisible en su presencia, pues todas las cosas están claras y patentes á sus divinos ojos» (2).

En verdad que siendo Dios causa primaria de todo lo existente, y siendo á la vez un ser de inteligencia infinita, no puede menos de conocer las cosas todas que existen y han existido, y y aun las que habrán de existir en las múltiples diferencias de tiempos, pasado, presente y futuro. Porque, si un hábil relojero conoce el mecanismo y prevé los movimientos de un reloj por él construído; y mientras más hábil, y de mayor talento y memoria sea el relojero, mejor sabrá todo lo que hay y todo lo que habrá de hacer el reloj, es cosa bien clara que, siendo Dios un relojero habílísimo y teniendo un entendimiento y una memoria infinitos, habrá de conocer el gran mecanismo, así como todos los movimientos presentes, pasados y futuros del magnífico reloj del Universo por El construído y gobernado.

Y, por lo que á las cosas puramente posibles se refiere, como éstas en tanto son posibles en cuanto están representadas en la esencia divina y en cuanto que pueden ser producidas por su infinita omnipotencia, no cabe duda de que Dios las conoce á todas perfectamente, tan perfectamente como se conoce á Sí mismo.

Luego Dios conoce todo lo cognoscible, y es, por lo tanto, infinita su ciencia, como de algún modo lo definió el Concilio Vaticano, cuando dijo que Dios era infinito en su entendimiento, en su voluntad y en toda clase de perfecciones (3).

(1) *Suma Teológ.*, parte 1.^a, cuest. 14, art. 5, en el cuerpo.

(2) Hebr., 4, 12 y 13.

(3) *Constit. Dogmát.*, 1.^a de la fe catól., c. 1.^o

Y, siendo Jesucristo Dios verdadero, síguese que Jesucristo, en cuanto Dios, tiene una ciencia infinita.

Además de la ciencia divina que tiene Jesucristo en cuanto Dios, tiene otra muy subida ciencia en cuanto hombre. Pues si como Dios es un ser infinito, como hombre es hombre perfectísimo. Y, puesto caso que la ciencia es una muy noble perfección de las almas, no puede menos de adornar al alma santísima de Nuestro Señor Jesucristo.

Pero el alma de Jesucristo, por la unión personal del Verbo divino, es alma beatífica, esto es, alma que goza de la visión clara de Dios desde el primer instante de la unión personal, que fué el instante mismo de su creación; y de esto se sigue que tiene que estar adornada de la ciencia beatífica, ó sea de aquella ciencia con que los bienaventurados conocen las cosas en la esencia ó el Verbo de Dios.

Tiene, además, el alma de Jesucristo ciencia infusa, ó derivada inmediatamente de la acción de Dios, que puso en ella las ideas de todas las cosas. Porque, si á los Angeles dió el Señor esta ciencia en el punto en que fueron creados, ¿cuánto mejor se la habría de dar al alma bendita de su divino Hijo?

Y, por fin, tiene Jesucristo la ciencia adquirida por el uso de los sentidos, del entendimiento agente, y el discurso de su razón.

Pues es claro que habría de hacer uso de estas facultades y conocer con ellas las cosas que se le ofrecieran á su paso por este mundo.

Es clara cosa que el objeto de estas tres clases de ciencia que hay en el alma de Jesús, es casi siempre el mismo para todas; pero es muy diferente el modo con que están en ella y el medio con que conoce las cosas, lo cual es bastante para que las tres clases de ciencias sean entre sí diferentes.

Ahora bien: Jesucristo, por razón de su ciencia beatífica, conoce todas las cosas en el Verbo, ó viendo cara á cara y con inefables grados de luz la esencia de Dios.

«Cuando se pregunta, escribe el Angélico, si (el alma de) Cristo conoce todas las cosas en el Verbo, puede entenderse de dos maneras la palabra *todas*. De una manera, es propiamente, en cuanto que se toma por todas las cosas que de cualquier

modo existen ó existirán, ó fueron dichas ó hechas, ó pensadas, por toda clase de individuos, en todos los diferentes tiempos. Y en este sentido hay que admitir que el alma de Jesucristo conoce todas las cosas en el Verbo. Pues cada entendimiento creado conoce en el Verbo tanto mayor número de cosas, cuanto más perfectamente lo ve. Mas ningún entendimiento beato (en el cielo) deja de conocer en el Verbo todas las cosas que á él le interesan. Pero á Jesucristo y á su dignidad le interesan de algún modo todas las cosas, en cuanto que todas le están sometidas. Porque El ha sido constituido por Dios juez de todos... y, por lo tanto, el alma de Jesucristo conoce en el Verbo todas las cosas existentes, según todas las diferencias de tiempos, y lo mismo conoce todos los pensamientos, de los cuales es Juez, de tal manera que lo que dice San Juan (2,25): *Que Jesús sabía lo que había en el (corazón del) hombre*, puede entenderse no sólo de la ciencia divina, sinó también de la ciencia que su alma tenía (por contemplar las cosas) en el Verbo.

De otra manera, la palabra *todas* puede entenderse más extensamente, de modo que abarque no sólo todo lo que existe realmente en cualquier tiempo, sinó también todo lo que está (contenido en la) potencia, que jamás se ha de poner en acto (para dar la existencia á todo lo que hacer puede). Algunas de estas cosas están solamente en la potencia divina (porque sólo Dios las puede hacer); y estas cosas no las conoce todas el alma de Jesucristo en el Verbo. Porque esto sería comprender todo lo que Dios puede hacer, para lo cual se requiere comprender el poder de Dios, y, por lo tanto, la esencia de Dios (cosa que no puede hacer ninguna criatura).

Otras ciertas cosas no están sólo en la potencia divina (ó dependen sólo de ella), sinó también en la potencia de las criaturas; y estas tales cosas (que las criaturas pueden hacer, aunque no las hagan en realidad), todas las conoce en el Verbo el alma de Jesucristo; porque en el Verbo comprende la esencia de todas las criaturas, y, por consiguiente, el poder y la virtud, y todo lo que las criaturas puedán hacer» (1).

A esta ciencia parece que se refería el Evangelista cuando dijo en su Apocalipsis: *Digno es el Cordero que ha sido muerto de re-*

(1) *Suma Teológ.*, parte 3.^a, cuest. 10.^a, art. 2.^o, en el cuerpo.

cibir la Divinidad y la sabiduría, esto es, la ciencia de todas las cosas (1).

Además de la ciencia beatífica tenía el alma de Jesucristo ciencia infundida por Dios respecto de la cual, y de su amplitud, se expresa Santo Tomás de esta manera: «Isaías dice (11,2) que *llenó á Jesucristo el Espíritu de sabiduría*, y el de entendimiento, *el de ciencia y el de consejo*; bajo los cuales se comprenden todas las cosas cognoscibles: porque á la *sabiduría* pertenece el conocimiento de todas las cosas divinas; al *entendimiento* pertenece el conocimiento de todas las cosas inmateriales; á la *ciencia* pertenece el conocimiento de todas las conclusiones (por el discurso deducidas); y al *consejo* pertenece el conocimiento de todo lo que se ha de obrar. Parece, pues, que Jesucristo, en virtud de la ciencia infundida por el Espíritu Santo, debió tener el conocimiento de todas las cosas».

Después de este comentario sobre lo que dijo Isaías, manifiesta su parecer el Angélico de este profundo modo: «Fué conveniente que el alma de Jesucristo fuere perfecta por razón de haber sido puestas en ejercicio todas sus potencias. Para lo cual hay que tener en cuenta que en el alma humana, como en toda criatura, hay dos potencias pasivas (ó para dejarse guiar por otros): una en orden á los agentes (ó causas) naturales; y otra en orden al agente (ó causa) primero (Dios), el cual puede elevar á cualquier criatura á realizar actos superiores á los de cualquier agente natural; cuya potencia suele llamarse en la criatura potencia de obediencia. En ambas potencias fué puesta en acto el alma de Jesucristo por razón de la ciencia divinamente infundida. Y, por tanto, según esta ciencia, el alma de Cristo conoció en primer lugar todo lo que puede conocer el hombre en virtud de la luz de entendimiento agente, cuales son todas las cosas que son objeto de las ciencias humanas; en segundo lugar, por esta ciencia infusa conoció Jesucristo todo lo que es manifestado á los hombres por medio de la revelación divina, ya pertenezca (lo revelado) al don de profecía, ya al don de sabiduría, ya á otro don cualquiera; pues todas estas cosas las conoció el alma de Jesucristo con más abundancia y más perfección que los demás hombres.

Sin embargo, por esta ciencia (infusa) no conoció (Jesucristo)

(1) *Apocalp.*, capt. 5, ver. 12.

la esencia de Dios, sinó (que la conoció) sólo por la primera (por la ciencia beatífica), de la cual ya se ha hablado» (1).

Un poco más adelante demuestra el Angélico que la ciencia infusa de Jesucristo, en cuanto hombre, es muy superior á la ciencia de todos los Angeles; ya respecto del número de las cosas conocidas, ya respecto de la mayor certeza con que las conoce. Porque la luz de la gracia que recibió el alma de Jesús es mucho superior á la luz recibida por los Angeles (2).

Respecto de la ciencia adquirida, tuvo también el alma de Jesucristo un abundantísimo caudal de conocimiento, de tal manera que por ello supo todas las cosas que son capaces de ser conocidas por el entendimiento del hombre. Porque fué conveniente que el entendimiento agente, que es el encargado de hacer cognoscibles de hecho las cosas, haya sido puesto en acto en la más completa perfección, de modo que nada le haya quedado por conocer. Y así no tuvo Jesucristo necesidad de recibir enseñanza alguna, ni de los hombres, ni tampoco de los mismos Angeles. Pues El es cabeza y Maestro de los Angeles y de los hombres, del cual deben todos recibir la gracia y la verdad, según lo que dice de Sí mismo en el Evangelio del Amado Discípulo: *Para esto vine yo al mundo, para dar testimonio de la verdad* (3).

Tuvo, por tanto, Jesucristo ciencia infinita en cuanto Dios, y ciencia infinita también bajo algún aspecto en cuanto hombre; pero indudablemente tuvo la suficiente y sobreabundante para cumplir su divina misión de Maestro de la humanidad. Pues, prescindiendo por un momento de su ciencia humana, como la directora de todas las obras de Jesús era la Persona del Verbo, cuya ciencia es infinita, era esto lo suficiente para estar segurísimos de que Jesucristo poseía el conocimiento de todas las cosas.

Y, pasando ahora de la especulación del discurso á la práctica de obras, vemos en efecto que Jesucristo dió muy sólidas y muy brillantes pruebas de conocer todo lo cognoscible: lo pasado, lo presente y lo futuro. Dió evidentes señales de conocer lo pasado, porque sin haber ido á escuela, sabía las Escrituras y las explicaba en el Templo á los Doctores de la Ley, y fuera del Templo á sus Apóstoles. Dió pruebas de conocer lo presente, del tiempo en

(1) *Suma Teológ.*, Parte 3.^a, cuest. 11.^a, art. 1.^o, en el cuerpo.

(2) *Id. id. id.*, art. 4.^o, en el cuerpo.

(3) San Juan, cap. 18, ver. 37; y *Suma Teológ.*, parte 3.^a, cuest. 12.^a, toda ella.

que El vivió, porque sabía lo que pasaba á mucha distancia de su persona, aunque no lo viera por vista de ojos, de cuyas pruebas están llenos los santos Evangelios; y dió, por último, muy galanas muestras de contemplar lo futuro, cual si lo tuviera ya delante de sus ojos, en el asombroso número de profecías que enunció, y que sabemos se han cumplido ya muchas de ellas, según se dijo arriba.

No le faltó, pues, á nuestro Señor Jesucristo ciencia, y ciencia admirable para ser Maestro de la humanidad, que es la primera condición para ser verdadero Maestro. Veamos si posee también la segunda.

(Continuará).



Damos cabida en nuestra Revista á la excelente Carta Pastoral colectiva de los Sres. Obispos de la provincia eclesiástica de Valladolid, porque no dudamos que será del agrado de nuestros lectores.

Ella va dirigida á aquel Clero, pero su contenido tiene aplicación al Clero de todo el mundo católico.

Los seglares también hallarán en ella sana doctrina y reglas para su buena conducta; porque si los sacerdotes están obligados con tan estricto deber á enseñar la cristiana doctrina, no puede caber duda que los fieles están obligados por igual manera, y guardada la debida proporción, á aprenderla y asistir á las explicaciones de sus propios Párrocos.

Como la presente Carta ha sido publicada para dar cumplimiento á lo ordenado por el Romano Pontífice respecto de la enseñanza de la doctrina, en su Encíclica *Acerbo nimis*, suprimimos la introducción de aquélla, ya que se reduce á enaltecer el mérito de las enseñanzas pontificias.

Véase ahora lo que nos dice la referida

“Carta Pastoral

Venerables y amados Párrocos: Conocemos ya de antemano vuestra proverbial obediencia á los mandamientos del Papa. Una de las tradiciones, más profundamente grabadas en los pechos españoles, es la adhesión inquebrantable á la Cátedra de San Pedro. El escuadrón más lucido, más compacto y más valeroso, que

se levantó á defender la Infalibilidad del Papa en el Concilio Vaticano, fué el Episcopado español y sus Hermanos carisimos, españoles por la raza, el idioma y la Religión, los esclarecidos Obispos de la América Latina. Españoles eran también los ocho mil peregrinos que, dejando admirada á Roma, besaron el pie á Pío IX en mil ochocientos setenta y seis. Igualmente españoles eran los que formaban el ejército de catorce mil peregrinos, que á León XIII visitaron en mil ochocientos noventa y cuatro, entre los aplausos unánimes que les prodigaron los buenos, y los insultos y la rabia de españoles degenerados. No! ni en la época que sus reyes eran los árbitros del mundo, ni después, cuando sus grandezas iban declinando al ocaso, ni al presente, cuando es España pobre y desolada viuda, jamás hubo en la tierra pueblo más reverente, más amante y más entusiasta del Papa. Confiamos, pues, plenamente en vuestra rendida obediencia á los mandatos Pontificios.

Y ¿por qué no decir también, si es una verdad manifiesta y reconocida por todos, que confiamos igualmente en vuestra ciencia teológica, para hacer comprensible al pueblo la Doctrina de Jesucristo? Tal vez no haya en nuestro Clero todo aquel barniz literario que por defuera hermosea al de algunas otras naciones y es aliciente poderoso para hacerse escuchar con gusto; pero en lo tocante al fondo, á la solidez de principios, á la riqueza de conceptos, á la claridad de ideas, al método riguroso, á la exposición de doctrina, ¡oh! no es por cierto el Clero español el que puede tener envidia. Es descendiente, no indigno de aquellos insig-nes teólogos que llenaron toda la tierra con la fama de su saber; de los que fueron el pasmo del Santo Concilio de Trento y más tarde la admiración del Concilio Vaticano.

No decaigan, pues, vuestros ánimos, venerables Sacerdotes y queridos hermanos nuestros, porque la tentación del miedo, lamentable en todas las épocas, lo es mucho más en la actual, cuando es tan grande la audacia de los soldados del error. Y ¿por qué habéis de temer, si consideráis la materia de los mandatos del Pontífice? ¿Se os manda, acaso, enseñar ciencias abstrusas y ajenas á los estudios que habéis hecho? ¿Ó descubrimientos recientes, conocidos aún de muy pocos? ¿Ó sistemas controversibles, que promuevan luchas ruidosas? No. Lo que se os manda enseñar es la Doctrina Cristiana, que desde la cuna mamasteis con la leche de vuestras madres; que en la niñez aprendisteis de la boca

de vuestros Párrocos; que en la juventud estudiasteis dirigidos por hombres doctos, que ha formado toda la vida vuestra ocupación favorita, y en la cual habéis adquirido una competencia envidiable. Y de esa Doctrina Cristiana sólo se os manda enseñar lo incontrovertible, lo cierto, lo más fácil, lo más sencillo, lo más tangible, lo más práctico, lo que se encuentra al alcance del ignorante, del rústico, del pastor, del marinero y hasta del niño y de la niña, que á malas penas han pasado los umbrales de la razón. Y ¿es creíble que exista alguno á quien pueda infundir temor la enseñanza de estas materias? No, es imposible, amados Párrocos, porque á veces se encuentran hombres muy estrechos de corazón y de muy escasos alientos. Pero habréis de confesar que el que se dejara vencer por temores de tal ralea, ya no sería un hombre tímido, sino un verdadero cobarde: y los cobardes son ineptos para formar en las filas del ejército de Jesús, no digamos ya como jefes, mas ni sólo como soldados.

¡*Tres veces*, decía triste uno de esos pechos angostos, para los que cualquier trabajo es una montaña empinada: *tres veces* cada domingo y *tres veces* cada fiesta deberá predicar el Párroco al tenor de la nueva Encíclica! *Tres veces* cada domingo y *tres veces* cada fiesta. ¿Quién tendrá suficiente ciencia para hablar *tres veces* al día? ¿Quién tendrá robustez bastante para resistir *tres sermones*?

Al escuchar, amados Párrocos, este lenguaje quejumbroso, quizás pueda pensar alguno que son prescripciones nuevas, peregrinas y nunca oídas las promulgadas por el Papa en la Encíclica *Acerbo nimis*. Son, no obstante, en la sustancia tan antiguas como la Iglesia; y tan viejas en la forma como el Concilio Tridentino. Lo han probado varios autores, que vosotros conoceréis y no es cosa de molestaros repitiendo lo ya sabido; pero permitidnos siquiera que consignemos aquí la doctrina de un Moralista tan conocido de todos, como de todos respetado. *Proprie loquendo triplex est Parochorum obligatio circa verbum Dei; una predicandi, nempe divinam legem populis enunciandi; altera pueros instruendi; tertia fideles in Christiana Doctrina erudiendi* (1).

Pero, ¿son en realidad nada menos que tres sermones los que pesarán sobre el Párroco todos los domingos y fiestas?

(1) Scavini, Theol. Moral., tom. I., edition 1882, n. 447.

La exageración y la hipérbole pueden trocarse fácilmente en hermanas de la mentira, si no hay cuidado de usarlas con prudencia y moderación. La predicación del Párroco al ofertorio de la misa, es llamada vulgarmente explicación del evangelio, y en los autores españoles lleva siempre el nombre de plática. La instrucción que se da á los niños, se dice generalmente catequesis ó catecismo. La enseñanza de los adultos, explicación de doctrina ó plática doctrinal. ¿Dónde están, pues, los *tres sermones* que pesarán sobre el Párroco todos los domingos y fiestas?

¡Oh! Un sermón en el sentido que hoy día tiene esta voz, es una oración sagrada que reúne todas las partes de un verdadero discurso, desde el exordio hasta el epílogo, según los preceptos retóricos. No; no es eso lo que la Iglesia ha exigido nunca á los Párrocos; ni éstos podrían fácilmente cumplir bien tal obligación. Lo que les exige la Iglesia es la explicación sencilla, la conversación piadosa, la plática familiar que dirige el padre á sus hijos para que se aparten del mal, para que practiquen el bien. Esto manda el Tridentino, cuando les ordena á los Párrocos que *apacienten á sus pueblos con palabras de salvación*: esto cuando les dice que les hablen *con palabra breve y sencilla*: esto cuando les advierte que se adapten en la enseñanza á la *capacidad de sus ovejas y á su propia capacidad*. *Plebes sibi commissas, pro sua et earum capacitate, pascant salutaribus veruis... cum brevitare et facilitate sermonis* (1).

Por lo que toca á los niños, dice el Tridentino á los Párrocos que *les enseñen con diligencia los rudimentos de la fe y la obediencia á Dios y á los padres* (2), claro es, si fuera posible, con más sencillez todavía, que la que indicada dejamos, dada su más corta edad y su menor inteligencia. No se trata aquí de sermón ni de plática doctrinal, sino de recitación de la letra del Catecismo, para que se grave hondamente en las memorias infantiles; de preguntas oportunas, que los obliguen á pensar; de reflexiones brevísimas, que se las hagan entender.

Por fin, ¿ha de ser sermón la enseñanza de los adultos, que ha prescrito el Sumo Pontífice en su sapientísima Encíclica? No. La enseñanza de la Doctrina para las personas adultas ha de ser una exposición, una explicación sencilla, una *plática doctrinal*,

(1) Trident., sess. V, c. II, de reforma.

(2) Ibid., sess. XXIV, c. 4, de reforma.

pero no tomando por texto nuestro pequeño Catecismo, nuestro célebre *Padre Astete*, sino el *Catecismo á los Párrocos*, que publicó S. Pío V por decreto del Tridentino, en el que se hallan explicadas todas las verdades católicas necesarias al pueblo fiel, con tal solidez de fondo y tal claridad de lenguaje que, si no se procura adrede, casi es imposible hacer una mala explicación.

Séanos, pues, permitido preguntar por segunda vez: ¿dónde están, venerables Párrocos, esos *tres sermones* terribles que han de pesar sobre el Párroco todos los domingos y fiestas? Como veis, los hemos buscado y en ninguna parte parecen. Lo que ha parecido no es más que *una plática y dos doctrinas*, ó *una doctrina y dos pláticas*, si es que en ello tenéis empeño. Una doctrina á los niños, que por más que dure una hora, se ha de pasar sin sentir y ha de ser agradable y dulce, sobre lo cual apelamos á vuestra experiencia futura. A los adultos dos pláticas, pero dos pláticas cortas; porque el Cura predica siempre y su auditorio es siempre el mismo. Cortas, para que los fieles puedan escucharlas sin tedio y retenerlas sin cansancio. Cortas, por fin, para que el Párroco pueda decirlas sin fatiga y prepararlas con esmero.

¡Prepararlas con esmero! Ved aquí el punto capital.

El trabajo y el deber marchan siempre asidos del brazo, como cariñosos amigos, como hermanos inseparables. Ya el Soberano Pontífice en su Encíclica veneranda, con la mirada segura del saber y de la experiencia, ha previsto el gran peligro que hay en cumplir *de cualquier modo* estos gravísimos deberes; y no vacila en afirmar que abandonarlos por completo ó cumplirlos con negligencia, en la práctica, son dos cosas perfectamente equivalentes.

Y la razón es muy obvia, venerables y amados Párrocos. A los que se han de ejercitar en el ministerio del púlpito, pide la Oratoria Sagrada dos preparaciones distintas: la preparación *remota* y la preparación *próxima*. La remota la tienen todos los que han frecuentado las aulas y han estudiado con provecho la Sagrada Teología, remontando sus manantiales, que son la Escritura y los Padres, y bajando á sus derivados, que son la ascética y la mística. Esta preparación remota la tenéis todos vosotros, merced á vuestros estudios y al saber de vuestros maestros. Por eso os hemos dicho: No hayáis miedo, tened valor. La explicación del Evangelio, la catequesis de los niños, la enseñanza de los adul-

tos, son empresas que se hallan todas al alcance de vuestras fuerzas.

Pero esto se ha de entender con la condición precisa de que nunca os olvidéis de la preparación próxima. Con el transcurso del tiempo, lo que se ha sabido se olvida, y es necesario recordarlo; los pensamientos se dispersan, y es necesario reunirlos; las ideas se desconciertan, y es necesario combinarlas; y ¿cómo es posible todo esto, si se olvida el predicador de la preparación próxima? Si os arrojáis á hablar sin preparación conveniente, sea más larga ó más corta, según cada cual necesite; si os arrojáis á hablar sin preparación conveniente, ¿quién será capaz de saber por qué camino tiraréis, ni á que punto iréis á parar? Como la nave sin piloto, que no ha sabido situarse, ni se ha trazado derrotero, navegaréis al acaso por un mar de ideas confusas, sin saber lo que antes digisteis ni lo que ahora estáis diciendo, ni lo que diréis después: diréis lo que no queriais, y no diréis lo que queriais: querréis dar fin al discurso y no acertaréis á acabar, y tras el tormento vuestro y el mayor de vuestros oyentes, por fin bajaréis del púlpito con disgusto y remordimiento, por si vertisteis una idea poco conforme con el dogma, ó soltasteis una palabra ofensiva ó menos prudente.

Preparaos, pues, vosotros, para hablar con acierto y fruto, como solían prepararse el gran San Francisco de Sales y el gran San Carlos Borromeo, sin confiar vanamente en la ciencia ni en la elocuencia. Y si carecéis de alientos para imitar y seguir á varones tan eminentes, imitad y seguid, si no, al humilde Párroco de Ars, Juan Bautista Vianney, elevado recientemente al honor de los altares, y cuya canonización no se hará esperar mucho tiempo. ¿Os espantará su talento? Ciertamente que no es fácil. ¿Os asustará su ciencia? Seguramente que es difícil. Corto de ingenio natural, de estudios y de saber, alcanzó con dificultad la aprobación indispensable para ascender al sacerdocio. Sin embargo, Hermanos carísimos, ¡cuántas y cuán grandes fueron las victorias de su palabra! Y ¿sabéis de qué manera? No hemos de negar la eficacia ni de su vida edificante ni de su ferviente oración, elementos de gran valía para mover los corazones; pero los hechos nos obligan á reconocer el influjo de la *preparación próxima*. Escuchad, si no, á su biógrafo (1) al presentárnoslo en Ars comen-

(1) Monnin, vida, l. 1, c. VIII.

zando su ministerio. «Desde el principio (nos dice) asoció la predicación de la santa palabra á la continua oración; y daba tan soberana importancia al ministerio de la palabra, que consagraba todo el tiempo, que le dejaban libre los ejercicios espirituales, á prepararse con un trabajo incesante. No perdonaba sacrificio alguno para ponerse en estado de predicar á su pueblo con toda la fuerza y elocuencia de que era capaz. Para componer las pláticas y homilias se encerraba días enteros en su sacristía, y cuando las había escrito, las recitaba solo y sin testigos, como si estuviera predicando» (1). «Por largo tiempo (nos dice en otra parte el mismo autor), por largo tiempo tuvo la costumbre de escribir sus pláticas para el domingo, y ha confesado que le era muy penoso ese trabajo. Fué una de las más duras mortificaciones de su vida. Las componía sin levantar mano, y al efecto pasaba las noches enteras encerrado en su sacristía. Estaba convencido de que el sacerdote, para ser hombre apostólico, debe preparar con el sudor de su frente el pan de la palabra, y que con el mérito de sus esfuerzos atrae sobre su ministerio las bendiciones de Dios» (2).

Labor omnia vincit, venerables y amados Párrocos. El trabajo lo vence todo. El trabajo lo vence todo, hasta hacernos fácil aquello que nos parecía imposible. Tomad, pues, todos por modelo al celoso Párroco de Ars, y el Señor, que estuvo con él, estará también con vosotros. Tomadle todos por modelo; pero especialmente los jóvenes, los que comenzáis ahora la carrera del sacerdocio; los que vais á desempeñar el servicio de las parroquias, sea con el cargo de curas ó el de meros coadjutores. Comenzad por pedir á Dios que os haga ministros aptos (3) de su divina palabra, y poniendo por vuestra parte las oportunas diligencias, consagraos con toda el alma á escribir esmeradamente vuestras pláticas, homilias y explicaciones de Doctrina; y antes de subir al púlpito ó decirlas desde el altar, predicadlas ante un amigo, que os advierta los defectos, ó recitadlas á solas con el tono de voz y el gesto que lo hariais ante los fieles. Esta es la senda más segura y más derecha y más breve para subir en pocos años á las cumbres de la oratoria, si de Dios habéis recibido especiales disposiciones. Y, si no tuviereis las prendas de las eminencias del

(1) Ibid. l. 2, c. I.

(2) Ibid. l. 2, c. VI.

(3) 2 Cor., III, 6.

púlpito, con este método seréis predicadores evangélicos, utilísimos operarios de la viña del Señor, no engalanados con la pompa de las hojas que se marchitan, pero cargados con el peso de los frutos que duran siempre.

¿Nos replicáis, por ventura, que este método, en sus principios, es demasiado laborioso y casi casi abrumador? Con la debida atenuación y para ciertos individuos, no tenemos por qué negarlo y hasta queremos concederlo. Pero fué más abrumador para el santo Párroco de Ars, que poseía menos ciencia y menor talento que muchos. Pero el trabajo y la fatiga son condiciones inherentes al ministerio parroquial, para los que han de merecer la corona del buen pastor. Pero el que no está dispuesto á sacrificar su reposo por el bien y la utilidad del rebaño que pastorea, menos lo estará á dar la vida por la salvación de su grey. Pero el trabajo y la fatiga en la edad de la juventud, cuando están enteras las fuerzas y rebosan las energías, son tranquilidad, son descanso para la edad de la vejez, cuando las fuerzas desfallecen y las energías se agotan. El que estudió y escribió y se preparó con afán en la enseñanza de la vida, habla *ex abundantia cordis* en la tarde de la vejez; y lleno de experiencia y de ciencia y de máximas saludables y de pensamientos sublimes, fluye de su boca un río de aguas frescas y cristalinas, que refrigeran las almas, consuelan los corazones, matan las concupiscencias y hacen florecer las virtudes. El trabajo de antiguos días les parece entonces un sueño; pero un sueño tranquilo, dulce, de placer, de satisfacción, como los ecos de una música muy lejana, pero muy suave; como la voz de la conciencia, que recuerda el deber cumplido, premia con sus alabanzas sacrificios que ya pasaron y regocija y extasía con un cántico sin igual que, aunque pertenece á la tierra, es preludio de los del cielo. Aquí, sí, no hay que dudarlo: aquí, en la boca de este hombre, de este sacerdote, de este ángel, cuadran como en marco de oro las palabras del Eclesiástico: *Cum adhuc junior essem... quaesevi sapientiam... Dedit mihi Dominus linguam mercedem meam... Aperui os meum et loquutus sum... Modicum laboravi et inveni mihi multam requiem* (1).

Oh venerables Sacerdotes, oh Párrocos amadísimos: escuchadlo bien y grabadlo hondamente en vuestra memoria: la ciencia es

(1) Ecci., c. LI, vv. 17, 30, 33 et 35.

buena, la ciencia es útil, la ciencia es necesaria; pero unida á la caridad, al amor de Dios y del prójimo, al celo sacerdotal, al trabajo no interrumpido, al sacrificio de sí mismo, de la propia tranquilidad, del reposo, de los bienes, si es necesario, de la vida.

La ciencia es una condición inherente al sacerdocio. *Labia sacerdotis custodient scientiam* (1). La solicitud es deber de quien cuida de los demás. *Qui praest in sollicitudine* (2). Operarios, no señores, quiere Cristo para su mies. *Rogate Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam* (3). Para el buen pastor las ovejas valen más que la propia vida. *Bonus pastor animam suam dat pro ovibus suis* (4).

Para el que guarde en su pecho estas cuatro máximas de oro y enderece conforme á ellas su conducta sacerdotal, no imposibles sino hacederas, no difíciles sino fáciles, no amargas sino sabrosas serán las sabias prescripciones del Vicario de Jesucristo, dirigidas al orbe entero en su Encíclica *Acerbo nimis*.

Y para nuestros corazones es un consuelo extraordinario escuchar de su propia boca que nuestros Párrocos piensan como pensamos nosotros; y que resueltos á enseñar la Doctrina de Jesucristo á los niños y á los adultos con prontitud de voluntad y con alegría de espíritu, una nubecilla tan sólo aparece, cual punto oscuro, ante los ojos de su alma; el temor de no tener auditorio á quien enseñarla, dada la incredulidad, que se ha apoderado de algunos y la indiferencia espantosa, que se extiende á la mayor parte. No nos extraña ese temor que nos parece natural y, en parte, hijo de su celo. Por un fenómeno raro y por un misterio profundo de los afectos que se agitan en la parte inferior del alma, es frecuente que un gran deseo traiga consigo un gran temor. Grande, muy grande es el deseo que tienen todos los padres de la dicha, del bienestar y de la vida de sus hijos, y ese deseo lleva en sí el continuo y grande temor de su muerte y de su desgracia, que como esfinge pavorosa se levanta delante de ellos, los aguija sin cesar y frecuentemente los turba.

Venerables y amados Párrocos, mucho tiene de paternal ese temor que os inquieta: ese triste presentimiento de que no tendréis

(1) Malac., c. II, v. 7.

(2) Rom., c. XII, v. 8.

(3) Matt., c. IX, v. 38.

(4) Ioan., c. X.

auditorio. Y es porque deseariais que todos los feligreses acudieran á vuestras iglesias y escucharan de vuestros labios la Doctrina de vida eterna. El deseo vehementísimo de que vayan todos á oiros se convierte en un gran temor de que nadie vaya á escucharos. Que no vaya nadie, no: es un imposible moral. Que falten algunos, sí: cabe dentro de lo probable. Pero vamos á suponer que sean pocos los que asistan. Pues para ese caso es la máxima del gran Obispo de Ginebra: *Sermón de poca gente, sermón de mucho fruto*. Fué cierto día á predicar encontrándose casi solo; pero, fiel á su hermosa máxima, subió al púlpito y predicó con igual fervor y entusiasmo que si el templo estuviera lleno. Dios premió su fidelidad con la conversión de un hombre muy conocido en el país; un hereje calvinista que se hallaba entre sus oyentes.

Pero debéis dar de mano á presentimientos siniestros. Tendréis oyentes abundantes, si ejercéis vuestro ministerio con esmero y perseverancia. El infeliz que no conoce la importancia de la Doctrina, ¿cómo queréis que tenga afán de ir á escucharla y á aprenderla? *Ignoti nulla cupido*. Pero viendo que otros concurren, poco á poco se irá animando, escuchará la verdad y se irá enamorando de ella, y de un hombre indiferente ó enemigo de la verdad, haréis un ardiente amigo, un apóstol, quizás un mártir. Tendréis oyentes abundantes. Si los acogéis con amor, ya podéis contar con los niños. Serán todo lo que queráis, vivos, habladores, inquietos; pero al mismo tiempo ellos son los más amados de Dios, los mejores amigos vuestros, los que con menos se contentan y los que han de sacar más fruto. Con talento, y con cariño, y con calma, y con paciencia, esas fierecillas se doman y se vuelven al poco tiempo más amantes que los perrillos y más mansas que los corderos. *Dios y los niños* era la máxima de la santa Madre Barat.

Tendréis oyentes abundantes. No irán á oiros muchos sabios; mas considerad que hay muy pocos. No irán á oiros muchos ricos; mas reflexionad que escasean. Tal vez vayan pocos obreros, ¡pobrecitos! Están cogidos en las redes del socialismo. Pero mirad que el árbol malo no es posible que dé buen fruto, que las espigas no dan uvas, que los abrojos no dan higos (1) y que el socia-

(1) Matt., V, 16.

lismo positivista, anticatólico é impío promete grandes ganancias, pero ocasiona inmensas pérdidas. Llegará un día el desengaño y los obreros volverán al regazo del cristianismo. Mientras tanto no desmayéis; que os quedan muchos aún. Os quedan los labradores, que cultivan nuestras campiñas y que en su inmensa mayoría se conservan sanos aún. Os queda aún el sexo débil, mejor diríamos, el *fuerte*; pues resiste mejor que el hombre los embates de la impiedad. Os queda la juventud; mancebos de fe robusta y doncellas de piedad viva, que vosotros iréis formando en el catecismo de niños. Os queda esa multitud que podéis llamar *masa neutra*, que colocada en la penumbra, entre la sombra y la luz, entre la duda y la creencia, tiene vacilante el cerebro, pero creyente el corazón, y que sólo está esperando una lámpara que la alumbre y una dulce voz que la llame.

No, no, Párrocos venerables: la multitud por fortuna no es incrédula todavía. No quiere vivir sin Dios, ni sin Religión, ni sin Cristo. No discute con los *científicos*, porque carece de palabra; pero los oye con desdén y se aparta de sus caminos. Con mucho mayor motivo que en los tiempos de Tertuliano, el alma del pueblo es aún *naturalmente cristiana* y lo irá siendo más y más á medida que los impíos se obstinen en el empeño de formar un pueblo sin Dios, que ha sido y es y será el cimiento insustituible de las sociedades humanas.

Tendréis oyentes abundantes y tendréis abundantes frutos. La palabra que el Santo Padre os ha mandado predicar, no es la palabra del hombre, débil por naturaleza y frecuentemente infecunda. Es la palabra de Dios, *viva, eficaz, más penetrante que una espada de dos filos* (1), de fecundidad tan grande que, como canta el Rey David, ella sola crió los cielos con los astros que los tachonan (2). Y por eso, porque es fecunda, Jesucristo nos la presenta bajo el símbolo de semilla. *Semen est verbum Dei* (3) *La palabra de Dios es semilla*, que sembrada primeramente por el mismo Cristo en persona, germinó verde y lozana en los campos de la Judea; que sembrada inmediatamente por los apóstoles de Cristo, se extendió y echó raíces en toda la tierra explorada; que sembrada poco más tarde por los misioneros de Cristo, pasó el gran *mar*

(1) Heb., IV, v. 12.

(2) Ps. 32, v. 6.

(3) Luc., c. VIII, v. 11.

tenebroso y creció como por encanto en el continente de América; que sembrada en la actualidad por los ministros de Cristo, forma el árbol del Evangelio (1), que cobija toda la tierra, y en cuyas extensas ramas vienen las aves á posarse y á cantar la gloria de Dios y la redención del hombre.

¡Oh Párrocos venerables! ¡No os olvidéis jamás de que sois los sembradores de esta prodigiosa semilla, que en su seno lleva la fe, la esperanza, la caridad, las virtudes todas cristianas, la salvación sempiterna! Sembradla con abundancia para el bien de vuestras ovejas y para vuestra propia dicha. Al despedirla de la mano y esparcirla sobre la tierra, podrá suceder que una parte caiga á la vera del camino y que la coman las aves ó la pisen los transeuntes (2). Podrá suceder que otra parte caiga en terreno pedregoso y se seque, apenas nacida, por faltarle el jugo preciso (3). Podrá suceder, por fin, que otra parte caiga entre espinas, y sofocada por ellas, no produzca fruto ninguno (4). Pero otra parte... estad seguros, porque es Cristo quien nos lo ha dicho... otra parte caerá en terreno bueno, excelente, de inmejorable calidad, y resarcirá al sembrador de las pérdidas que ha sufrido, con una cosecha pingüe *que le rinda el ciento por uno* (5). Necio sería el sembrador que se abstuviera de sembrar por temor á la sequía, al pedrisco ó á la inundación; y más necio el predicador que dejara de predicar por temor de que su enseñanza no surtiera efecto en las almas. El que no siembra por temor, el que por temor no predica, es la sequía más terrible, la inundación más desastrosa, el pedrisco más destructor. Por desgracia se encuentran párrocos en cuyos labios suenan siempre las palabras de San Pedro: *Praeceptor, pertotam noctrem laborantes nihil cepimus* (6). Fáltanos saber si esa noche se la han pasado pescando ó se la han pasado durmiendo; pues no hablan así los Párrocos consagrados en cuerpo y alma al cuidado de sus ovejas; ni hablan así los misioneros á quienes devora el celo de la salvación de las almas.

Ni hablaréis así vosotros, venerables y amados Párrocos, á quienes nos cabe el placer de enviar esta pastoral. Ahora preci-

(1) Matt., c. XIII, v. 32.

(2) Luc., c. VIII, v. 5.

(3) Ib., v. 6.

(4) Ib., v. 7.

(5) Ib., v. 8.

(6) Luc., V, 5

samente, cuando el Divino Jesús por la augusta boca de Pío evangeliza á las turbas desde la barca de Simón (1): cuando con la pluma misma de su Vicario en la tierra, diestramente por Él cortada y como empapada en su sangre, escribe admirable Encíclica, que despide chispas del cielo: cuando nos ordena y nos manda que difundamos por el mundo la palabra que Él predicó y que enseñemos su Doctrina á los grandes y á los pequeños: en resumen, cuando dispone que pongamos proa á mar alta y allí descojamos y echemos nuestras redes para pescar (2), no es permitido, no es lícito, no es digno, no es decoroso disfrazar nuestra pereza ó cubrir nuestra cobardía truncando arbitrariamente la respuesta de Simón, para contestarle: *Maestro: trabajando toda la noche no hemos cogido un solo pez* (3). Lo decoroso, lo digno, lo preciso, lo inexcusable es que empuñemos los remos con valor y con decisión, que boguemos mar adentro sin temor á las tempestades, que requiramos las redes que nos han cabido en herencia, y que, descubriendo la frente en señal de veneración, le digamos en alta voz: *Bajo tu palabra, Maestro, he aquí que echamos al agua nuestras redes para pescar* (4).

Y cumplida esta obligación, venerables y amados Párrocos, dejad á cargo del Maestro el resultado de la pesca. El hinche la red de Pedro hasta el extremo de rasgarse, de no poder arrastrarla los tripulantes de la barca, de tener que pedir auxilio á los de la nave vecina y de llenarse ambas á dos á la primera redada, de tal modo que falta poco para que se vayan á pique (5).

¡Ah! Esta pesca maravillosa, que sorprende y espanta á Pedro; que espanta del mismo modo á sus compañeros de barca; que espanta de igual manera á sus socios Santiago y Juan; que hace prosternarse á Pedro ante las plantas de Jesús y decirle con efusión: *Apartaos, Señor, de mí, que soy un hombre pecador* (6); sin ninguna clase de duda es un suceso milagroso, pero es también una figura más milagrosa todavía. No la adivinaron siquiera los que tuvieron en el hecho el honrosísimo papel de actores y de testigos. Hubieron necesidad de que el bondadoso Maestro les

(1) Luc., V, 3.

(2) Ibid., 4.

(3) Ibid., 5.

(4) Ibid.

(5) Luc., 6 et 7.

(6) Ibid., 8, 9 et 10.

arrancara la venda que tenían sobre sus ojos, y les ocultaba de lleno todo un mundo de maravillas. Fué necesario que Jesús infundiera valor á Pedro y le dijera: «¡No temas! Esta pesca es una figura. Hasta hoy te has pasado la vida pescando peces en el mar: de hoy más te la pasarás pescando hombres en la tierra (1). ¿Te parecen muchos los peces que han caído en tu débil red? Pues serán muchos más los hombres que se rindan á tus palabras».

¡Oh Párrocos amadísimos! La memoria de lo pasado es la historia de lo futuro. Verdaderamente el mundo se halla convertido en un mar. La barquilla de Pedro boga bajo el temporal más deshecho. Los sistemas más absurdos, los errores más monstruosos, los vicios más repugnantes, las pasiones más violentas, la mentira, la calumnia, el ridículo, el odio á muerte se abalanzan sobre la Iglesia como resonante huracán. No temáis, venerables Párrocos, porque la barquilla no se hunde (2). Sois pescadores de oficio, como Pedro, Santiago y Juan, y tenéis el deber sagrado de poner buena cara al mar. ¡No temáis! Tomad la red y tendedla tranquilamente. De ese modo la tiende Pedro en la capital de Judea y quedan presas en ella nada menos que *tres mil* almas (3). Y vuelve á tenderla otra vez con la misma tranquilidad, y quedan *cinco mil* hombres prisioneros entre sus mallas (4). Y la tiende después en Lidda, donde sana al tullido Encas (5); y en la ciudad de Samaria, donde confunde á Simón Mago (6); y en la marítima Joppe, donde resucita á Tabita (7); y en la célebre Antioquía, su primera sagrada cátedra; y en el Ponto, la Galacia, la Capadocia y la Bitinia, y por fin en la excelsa Roma, la cabeza y reina del mundo, el mar más largo y más ancho y más hondo y más tempestuoso, al que le convida el Maestro cuando le dice: *Duc in altum* (8). Allí tiende todas sus redes, allí lucha valientemente con los aquilones bravíos, allí erige su última cátedra, allí funda la cristiandad y la Iglesia Madre de todas, allí sucumbe como bueno sin entregarse ni rendirse, allí pinta la barquilla con su sangre roja y caliente, allí la amarra, á la orilla sobre las corrien-

(1) Ibid., 101.

(2) Math., XVI, 18.

(3) Act., II, 41.

(4) Ib., IV, 4.

(5) Ib., IX, 34.

(6) Ib., VIII, 20.

(7) Ib., 40.

(8) Luc., V, 4.

tes del Tiber, para que sean sus patronos al través de todos los siglos los que lleven puesto en el dedo el Anillo del Pescador.

Venerables y amados Parrocos: no desoiga nadie la voz del que hoy ostenta ese Anillo, del que hoy manda esa Barquilla, del que hoy maneja esas redes. ¿Nos convoca? Hay que concurrir. ¿Nos convida? Hay que aceptar. ¿Nos manda? Hay que obedecer.

¡Vamos allá! ¡Vamos todos! A volver la vista á los ciegos, á dar oído á los sordos, á sanar á los tullidos, á resucitar á los muertos, á vocear, para que vuelvan, á los fugitivos del templo, á despertar á los dormidos á la vera del buen camino, á restaurar el tipo antiguo de cristianos á la española: sobre todo á hacer de los niños una nueva generación de fe robusta, piedad tierna, costumbres inmaculadas, vida laboriosa y sobria, trato sencillo y agradable; en fin, cristianos decididos, que dan por la Iglesia su vida, y ciudadanos leales, que dan su sangre por la patria.

¡Vamos allá! ¡Vamos todos! Con nosotros irá Santiago, que plantó la fe en nuestro suelo; San Leandro y San Isidoro, que la defendieron con brio; San Braulio y San Ildefonso que la conservaron con gloria; el Bienaventurado Avila, que fué Apóstol de Andalucía, y el venerable Claret, que fué Apóstol de toda España. Y aunque nada es el que planta, y aunque nada es el que riega, nos dará el incremento Dios, que estará también con nosotros, para que el sol de la fe no se eclipse nunca en la patria de los heroes que la llevaron al continente americano y á las islas de Oceanía y se hicieron sus adalides donde quiera que fué preciso sacar la espada y esgrimirla en defensa de la verdad.



A JESÚS, NIÑO

¡Jesús! ¡Niño mío!
 ¡Encanto de mi alma!
 ¡De mis ojos lumbre!
 ¡Amorosa llama,
 que abrasa mi pecho,
 que á mi pecho calma,
 en las luchas tristes
 de mi triste alma!...
 ¿Por qué de tus ojos
 más bellos, que el alba

del Abril florido,
 van saliendo lágrimas?
 ¿Por qué lloras, Cielo?
 ¿Por qué, dime, lanzas
 gemidos de pena?
 ¿Por qué das al aura
 tus quejas, Dios mío,
 Hechizo de mi alma?
 ¿De frío Tú lloras?...
 Tú, que de oro alas

diste á los querubes;
 Tú, que á las montañas
 cubriste de flores;
 Tú, que á las mañanas
 prestastes alondras,
 que por Ti cantaran;
 Tú, que del Ocaso
 pintaste de grana
 los tules flotantes;
 Tú, que de las aguas
 bordaste las ondas,
 rugientes ó mansas,
 con blancas espumas,
 con trozos de nácar,
 ¿de frío Tú gimes?
 ¿Torrentes de lágrimas
 Tú viertes, Dios mío?...
 ¿Y yo sufro en calma,
 yo que de mi lira,
 por tu amor templada,
 arranco mis notas,
 que vibran cristianas?
 Mas... no, yo no quiero
 que viertas amargas
 lágrimas de pena,
 raudales de lágrimas...
 ¿Quieres que levante
 la voz mi garganta?...
 Vosotros, querubes,
 altivas montañas,
 alondras del campo,
 celages de grana,
 livianas espumas,
 suspiros de mi alma,
 llevad á la cuna,
 do triste se halla
 el más tierno Niño,

sonrisas que encantan.
 Cruzad los espacios,
 sobre Él vuestras alas
 tended, serafines;
 cubridle las pajas
 con rosas y lirios,
 altivas montañas;
 maticen su frente
 las tintas de grana
 del sol que se esconde
 en la tarde plácida...
 Decidle, querubes,
 decidle que cantan
 por Él en los cielos
 sūaves cantatas
 los ángeles santos
 al son de sus arpas;
 que cantan las aves,
 que el céfiro canta,
 jugando en la selva,
 meciendo las ramas;
 que canto de amores
 la tierra levanta...
 ¡El Niño sonríe!...
 Me envía miradas
 ardientes, cual rayos,
 que el sol desparrama;
 lo miro, me mira,
 saetas me clava
 de amor en el pecho,
 el pecho me abraza...
 ¡Dios mío, mi Dueño!
 Mis labios te cantan,
 mis ojos te miran,
 mis brazos te abrazan,
 te besa mi boca,
 ¡te adora mi alma!

PEDRO CRUZ OCAÑA, PBRO.

Metralia

Está de moda la manía de los *mitins*.
 Ahora va de veras ese nogocio progresista.

Hasta las mujeres tienen horror á las sayas y quieren conquistar el puesto del pantalón.

Yo les alabo el gusto.

A ver si nos arreglan de una vez para siempre.

Con los *mitins* de hombres solos no salimos de un paso: del paso de la tortuga.



Cuando sueño que estoy perseguido por alguna fiera, aunque sea fiera humana, me canso de hacer esfuerzos, de dar saltos y de echar el cuerpo hacia adelante; y... ¡nada!... ¡siempre me encuentro en el mismo sitio!



Así les pasa á los *mitinistas*.

Hablan, que se las pelan, de *progreso*, de ilustración y de adelantos; y ¡nada!

Ni vienen los adelantos, ni aparece la ilustración, ni marchan por el progreso.



¡Que los curas, y los frailes, y los obispos, y los clérigos, y hasta los legos (de los conventos, eh? no los de las tabernas), tienen la culpa de todo!

¡Que mueran los frailes! ¡Que abajo los clericales!

Y... ¡nada! Ni se mueren los frailes, (que los hay, entre paréntesis, que gozan de buena salud), ni los clericales bajan, antes van subiendo cada vez á mayores alturas; ni la culpa de nuestros males la tienen los obispos, ni los curas, ni los clérigos, ni ese es el camino.



Lo dicho: los *mitins* de calzones solos están en plena bancarrota.

Lo más que pueden llegar es á *morrals*.

Pero de *Morrals* nadie ha logrado pasar.

Y eso son tortas y pan pintado.

La sociedad necesita más progreso.



¡Vivan, pues, los *mitins* del sexo débil!

Que para débil, bastante ha sido el hombre.

Por más que se las eche de valiente.



Las mujeres sabrán plantar esos progresivos problemas, y les darán solución en un *santi-amén*.

Ellas dejarán tamañito á *Morrals* y á toda su parentela.

¡Vaya si lo dejarán!



Así se conquista el verdadero *feminismo*.

Aunque sea un *feminismo* de al revés.

Porque en estos tiempos de progreso, lo de al revés, es lo único *verdadero*.



De al revés es el *Gobierno parlamentario*; del pueblo por el pueblo; y es lo *verdadero*.

De al revés es el *Jurado*, ó el juicio del pueblo por el pueblo; y es lo *verdadero*.

De al revés es el *caciquismo*; ó la tiranía en plena libertad, y eso es lo *verdadero*.



Luego el *feminismo* ¿por qué no ha de ser de al revés?

Su nombre propio debía ser *machismo*, ó *varonismo*, ó *virilismo*.

Pero así estaría al derecho, y sería, por tanto, falso.

También podría llamarse *trasexismo* (cambio ó traspaso de sexo), *trasformismo femenil*; y de otras varias maneras.

Pero entonces, por estar bien, estaría mal.

Hay, pues, que llamarlo *feminismo*.



¿Qué importa que se llame de una ó de otra manera?

El nombre es lo de menos.

Lo que vale, es que las mujeres arrinconen á los hombres; ya que los hombres lo hacen tan mal.

Formen pronto su programa; endilguen una soflama flamante; y á gobernar tocan.

Por mi voto, mañana mismo.



Allá va otra prueba de bomba en pro de lo dicho:

El *mitin* anarquista en favor de Ferrer, celebrado en París el día 5.

«París, 5.—Anoche se ha celebrado un mitin organizado por la *Ligue des droits de l'homme* (Liga de los derechos del hombre), con objeto de protestar contra el encarcelamiento de Ferrer». Hubo discursos de diputados belgas, de masones franceses, y de anarquistas intelectuales: de los declarados impecables por nuestros Ministros.

¡Nada! Que todo aquello no fueron más que paños calientes. Se contentaron con hablar y más hablar, y con escribir y más escribir.

Pero, nada de bombas.

Como lo hubieran hecho los *incruentos* clericales.



He aquí su resumen: «Los ciudadanos franceses (muy señores míos), dirigen á la noble y generosa nación española, en nombre de la verdad y de la razón, un fraternal llamamiento en favor del ciudadano Ferrer».



¿Habrás visto pastel por el estilo?
 ¡Estos son paños de agua sedativa?
 ¡Mentira y más mentira!
 ¡Hipocresía y más hipocresía!
 ¡Si esto parece una oración de una que se va á confesar!
 ¡Mire usted que rebajarse un *mitin* de anarquistas á pedir de rodillas y con lágrimas en los ojos á la nación española, gobernada por curas!



Y llamar noble y generosa á nuestra nación en el siglo veinte, ¡á quién se le ocurre?

¡Hipócritas!

¿Pues no quedamos, ya hace tiempo, que África comenzaba en los Pirineos?

¿No nos ha demostrado, además, la *Escuela Moderna* de Barcelona, la Escuela de los Morrals, patrocinada por Ferrer y por todos los anarquistas *intelectivos*, que eso de nación es un espantajo?

¿Y que la nobleza es una antigualla?



Pues lo de pedir *en nombre de la verdad y de la razón un fraternal llamamiento en favor del ciudadano Ferrer*, ¿qué es sinó una cobardía?

¿No nos pregonan los anarquistas que no hay tal verdad, ni hay tal razón en el hombre?

¿Y la fraternidad no es otra antigualla?



Lo dicho. Los *mitinistas* de París no se saben detrás de lo que andan.

¡Fracasados por completo!

¡Que vengan las mujeres!



Metralla de fin de *sicle*.

¡Lo que nos cuesta la Iglesia!!

¡Y no es nada lo del ojo!

Sesenta y cinco y pico de millones.

Y eso, ¿para qué?

Para mantener zánganos.

Y á lechuzas chupadoras en forma de mujeres.

Si fueran en forma de hombres, ¡vaya!

Pero ¿en forma de mujeres?

¡Eso no se puede tolerar!

¿Conque andamos que no nos llega la camisa al cuerpo por hacer que las mujeres adquieran la forma de los hombres, y vamos á consentir que las lechuzas anden en forma de mujeres?

¡Primero nos ahorcan!



—¡Que dicen los retrógrados que el Gobierno robó á la Iglesia mucho más de lo que ahora le restituye, en forma de presupuesto; y que lo que da á los conventos y á los exclaustrados es una migaja de los bienes vendidos! ¡Que ese, llamado por M. Pelayo, inmenso latrocinio ascendió á 9.800 y pico de millones, cuya renta ascendería á cerca de 400 millones anuales!

—Bien; será verdad,

Pero ahora son unos *zánganos* y unas *lechuzas-mujeres*.



—¡Que dicen otros que la Iglesia es una institución tan digna, por lo menos, como el Ejército y la Magistratura!

—¡Bueno! y ¿qué?

Ahora no tiene más que *zánganos* y *lechuzas*.



—¡Que dicen, por fin, otros, que los eclesiásticos son ciudadanos, como cualquier hijo de vecino, que trabajan en su ministerio, y que tienen derecho á la vida!

—¡Vaya! eso ¿quién lo niega?

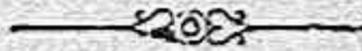
Pero son *zánganos*.

No hacen ni el negro de una uña por el progreso.

No quieren montar en el coche de la moderna civilización.

Y todo lo que no sea andar en (ese) coche, es andar á gatas.

Granada.



Noticias.

Por obstáculos ajenos á nuestra voluntad, no pudo salir el número de la semana anterior. Por eso damos ahora juntos los números 1.º y 2.º de este año.

Camino de la bancarrota. Francia ha saldado su *dé-*

ficit de 1906 con 400 millones de francos. Con la pérdida oficial de la fe, corre parejas la pérdida de la hacienda pública.

¡Justos juicios de Dios!

Inglaterra clerical. Atendiendo el Gobierno inglés á los muchos beneficios prestados á sus súbditos por las escuelas de los Institutos religiosos, ha acordado aumentarles la subvención que el Estado les concedió y no exigirles las contribuciones locales. ¿Qué dicen á esto nuestros *super-homos*? ¿También en Inglaterra serán los religiosos un obstáculo para el progreso? ¿Querrán también *europcizar* á la soberbia Albión?

Crónicas. En un mismo día fallecieron los Cardenales Tripepi y Cavagnis, en el 29 de Diciembre último. Lo más raro es que ambos habían sido ascendidos al cardenalato en el mismo día: el 15 de Abril de 1901.

El Canciller von Bulow, á pesar de sus apariencias católicas, está trabajando por la destrucción del Centro Católico prusiano. A ese fin obedeció la disolución del Reichstag y la confederación de todos los partidos liberales de Alemania para conseguir mayor número de diputados en las futuras elecciones, y restar candidatos al Centro. La lucha promete ser encarnizadísima. El Centro organiza sin descanso sus trabajos, y su triunfo será costosísimo, si es que lo obtiene, como es de desear.

España sigue dando espléndidas pruebas de su fe católica, protestando en varias capitales contra el desdichado proyecto de ley de Asociaciones. Después de las protestas de Pamplona, de San Sebastián y de Santander, se prepara otra para el próximo domingo en Bilbao; la cual promete ser numerosa en extremo, según el número de personas que á ella hayan podido asistir.

En Marruecos han empezado los primeros chispazos de la guerra. La artillería sherifiana á dirigido sus descargas contra la ciudad de Zinat, y ha arrojado de ella al vandido Raisuli. Este, según telegramas, ha sido hecho prisionero. El Almirante francés ha ordenado el desembarque de sus tropas en Tánger; pero el español Sr. Matta ha declinado su responsabilidad y ha dado parte al Ministro de Marina.

El actual embajador de Francia, en Madrid, Jules Cambón, ha sido trasladado á Berlín, y le sucede en el puesto George Leygues.